

NAVEGAR ES NECESARIO

ISABEL SOLER

Issue Editor

Enfrentaba el mar a la vida el gran Pompeyo en esa arena recogida por Plutarco por la que ante la navegación, vivir pierde su valor: «¡Navegar es necesario, vivir no es necesario!» La tempestad no era razón suficiente para doblegar la voluntad del general, ni iba a impedir soltar amarras para *llenar de trigo* los mercados de Roma, y *el mar de navíos*. Siglos después, la renacentista primacía de la *voluntad* se apropiaría sin esfuerzo y haría suyas las palabras pompeyanas hasta convertirlas en poderoso lema hanseático, e indudablemente, náutico.

Navegar es necesario porque, si a lo largo de la historia de Occidente es posible considerar el Renacimiento como el gran período de construcción de un nuevo espacio del saber, el viaje marítimo renacentista puede definirse como una gran escuela de aprendizaje de la realidad del mundo y sus contenidos. Así, la necesidad define el viaje, y desde esta perspectiva, inevitablemente, conceptos como el del propio *viaje*, o *navegante* o *descubrimiento* aumentan su complejidad, y a su vez, también su ambigüedad al responder con precisión a una idea plenamente identificable, aunque sin duda alguna esa idea se sabe también plural y heterogénea, híbrida y múltiple, miscelánea y caleidoscópica (adjetivos, todos ellos, aplicables al propio Renacimiento).

La experiencia trioceánica portuguesa —la gran contribución lusa a la revolución renacentista— es, en este sentido, símbolo representativo porque fue imprescindible para que el proceso intelectual europeo construyera las bases del mundo moderno. Si Occidente se transformó irreversiblemente a causa del viaje, este también transformó Oriente, o mejor, mudó la imagen occidental de Oriente, como asimismo hizo evolucionar la idea de África. A su vez, y partiendo del asombro y el desconcierto, el pensamiento occidental fue lentamente construyendo una imagen de América. Aparecen entonces términos igualmente ambiguos —y muy recurrentes entre el discurso historiográfico sobre las relaciones continentales renacentistas—, como *encuentro*, *diálogo*, *contacto*, sinónimos que en sí mismos conllevan sus propios antónimos.

Las crónicas oceánicas portuguesas explican la evidente complejidad del encuentro junto a la presencia constante del desencuentro; recogen la dificultad de comprensión de la realidad del Otro encontrado desde el conflictivo diálogo con esa realidad; apuntan con minuciosidad los contactos buscados y alcanzados e incluyen a la vez los deseados y nunca consumados. En cualquier caso, ese juego de contrastes hizo que el *encuentro* y sus antónimos provocaran un nuevo modelo de lectura del mundo basado en una mirada múltiple sobre una realidad plural. Y el ejercicio, o el reto, fueron de una enorme envergadura, porque conocer y entender otros pensamientos, otras filosofías, otras religiones, otras conductas, otras ciencias y otras políticas obligó a Occidente a intentar comprender el mundo desde los parámetros de la diversidad. Sin embargo, ¿cuáles eran los espacios del mundo y en qué se transformaron a través del *encuentro*? ¿En qué ámbitos del saber occidental se consiguieron establecer verdaderos diálogos? ¿Qué perfiles humanos, entre la pluralidad de navegantes, consiguieron entender el viaje como fructífera fuente de intercambio de ideas? ¿Cómo entendía Occidente las noticias del viaje?

Los cuatro ensayos que siguen a continuación, y que componen el dossier «Diálogos renacentistas entre Oriente y Occidente» del número 2 de ABRIU: ESTUDOS DE TEXTUALIDADE DO BRASIL, GALICIA E PORTUGAL, abordan y responden algunas de estas cuestiones desde diferentes ámbitos del saber que, durante los siglos renacentistas, fueron fundamentales para entender la realidad del mundo. La cartografía, en el análisis de Rui Loureiro, la materia médica, la botánica, que estudia Teresa Nobre de Carvalho, la filología, como se puede comprobar en el artículo de Ignacio Vázquez, la recepción y divulgación de las noticias del viaje, su propia realidad, en el trabajo de Isabel Soler, fueron escenarios de aprendizaje de ese nuevo paradigma espacio-temporal que iba a constituir la base de la modernidad. Pero esos escenarios del saber que se nutrían del viaje no eran lugares aislados, sino que se entremezclaban con la vida; y esa confluencia se llevaba a cabo en los mercados occidentales y ultramarinos, en las salas de audiencia de las Cortes europeas y orientales, en los gabinetes de recepción y redacción documental, en la dura y muchas veces dramática convivencia en los barcos de la Carrera de Indias, en los astilleros, en los hospitales, en los colegios misioneros, en las prisiones. La crónica del viaje oceánico portugués está trufada de vidas, y no solo de las de los grandes nombres, aquellos que saltan a la mente de forma espontánea, Cristóbal Colón, Vasco de Gama, Fernando Magallanes, sino, sobre todo, de las de una infinidad de voces anónimas cuya presencia era imprescindible para soltar amarras e hinchar las velas. Fueron vidas *necesarias* para que *navegar* se demostrase necesario.